

**Juan Félix Bellido: DEL SILENCIO A LA PALABRA.
LA VIDA DE JUAN N. ZEGRÍ (*)**

Esto que quiere ser una biografía del fundador de las Mercedarias de la Caridad es un libro bastante decepcionante. Y por dos motivos. El primero, formal. El autor, con numerosas publicaciones en su haber, se imagina estados de ánimo, calores, cansancios, lágrimas... del biografiado para insertar en ese relato los datos realmente históricos de la vida de Juan Nepomuceno Zegrí. Ciertamente el lector se da cuenta inmediatamente de lo que es imaginación y de lo que es investigación y hecho real pero al historiador o al aficionado a la historia le molesta ese estilo que tiene a su máxima figura en José María Javierre y que, sin duda por los éxitos editoriales del mismo, ha logrado no pocos seguidores.

El segundo motivo ya es material. No nos encontramos ante una biografía del canónigo Zegrí sino solamente ante la relación de sus conflictos con la congregación religiosa que fundó. Y suponemos que aquel sacerdote granadino (1831-1905) tuvo mucha más historia. Una brevísima mención de su familia y estudios. Sus primeros destinos ministeriales en Huétor-Santillán y Loja y, enseguida, en 1869, cuando apenas contaba 38 años, el nombramiento de vicario general y provisor de la vecina diócesis de Málaga por decisión de su obispo Esteban José Pérez Fernández o Pérez Martínez Fernández.

Parece que fue figura muy importante en la diócesis, no sólo por la confianza del obispo que le nombró vicario general y provisor sino por los otros cargos que le confió, que el autor apenas despacha en dos páginas (70-71). Pérez Fernández no fue un gran obispo y ello en días en que, por las difíciles circunstancias que atravesaba España, se precisaban hombres de más talla. Su larga ausencia de la diócesis con motivo del Concilio Vaticano y la mucho menos justificada por miedo a la situación revolucionaria de Málaga, suponemos que harían de Zegrí un elemento

(*) Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000, 181 págs.

capital en el gobierno diocesano. Pero de ello nada nos cuenta el libro. Nada de las ausencias episcopales. Ni de la delicada salud del prelado que prácticamente le tiene alejado del gobierno en sus últimos años. En 1876 la diócesis era regida, en la práctica, por el gobernador eclesiástico, sede plena, Antonio Calvente Salazar. ¿Qué era de Zegrí? Nada sabemos.

Como decimos, el libro que comentamos se limita a referir las vicisitudes de Zegrí con el instituto que fundó y bien podría titularse crónica de un despropósito. Porque en esa fundación todo fue un puro dislate. Curiosamente, una vez más se verificó aquello de que Dios escribe derecho con renglones torcidos y aquella congregación, que parecía destinada al suicidio, terminó cuajando, haciéndose numerosa y ciertamente un medio más de la Iglesia para hacer el bien con los más necesitados.

Zegrí quería ser fundador pero no tenía monjas. Lo que es ya algo inverosímil en la historia de las congregaciones religiosas pues todas comenzaron cuando un hombre o una mujer de cualidades singulares encontraron a su alrededor con un grupo de hombres o mujeres decididos a seguirles en una mayor entrega a Jesucristo. El canónigo de Málaga quería hacer el bien a los necesitados y, antes de tener una sola monja prepara unas constituciones que el anciano obispo, ya en vísperas de la muerte, le aprueba, encomendando a las inexistentes monjas la Casa de Misericordia malagueña. Y el canónigo, agradecido, le hace cofundador de la nada. Un sacerdote granadino, que dirigía a unas jovencitas de la ciudad del Darro se las ofrece y, con seis de ellas, inaugura la congregación de las Mercedarias de la Caridad. Pero como ninguna de las recién llegadas tenía la menor idea de la vida religiosa ni había entre ellas ninguna líder natural a la que seguir, Zegrí busca a una monja mayor y la hace maestra de novicias. Al poco tiempo esa monja estaba loca y cinco de las seis granadinas, reclamadas por su antiguo director espiritual, abandonan Málaga y la congregación.

Se fija entonces en una religiosa de la Sagrada Familia de Burdeos y con la oposición de su congregación originaria, que en un intento de conservarla la traslada a Madrid y después a Francia, la nombra superiora de las escasas supervivientes. Esta

madre Gratiot debió ser una mujer notable y durante su mandato de apenas diez años se multiplicaron las fundaciones, abriéndose hasta cincuenta casas. Debieron ser los únicos días felices de Juan Nepomuceno Zegrí como fundador.

Pero, por razones que desconocemos, se nombra superiora a una tal madre Favores —¡vaya favores!—, se molesta la madre Gratiot y abandona el instituto. La nueva superiora, de debilísima salud mental, toma un odio africano al fundador y le levanta las más atroces calumnias que son acogidas por el cardenal de Sevilla, fray Ceferino González y trasladadas por él a Roma. De allí vienen dos rescriptos prohibiendo al canónigo toda relación con sus religiosas sin que ni en el arzobispado hispalense hagan mella alguna los testimonios de otros muchos obispos, entre ellos el arzobispo de Granada, Moreno Mazón, donde estaba la casa general, y el obispo de Málaga, Spínola, donde era canónigo Zegrí, que respondían de la virtud del fundador. El, por tantos motivos, ilustre dominico que regía la archidiócesis de Sevilla no queda nada bien parado, ni como calumniador de un pobre y virtuoso canónigo malagueño —no nos cabe la menor duda de que fray Ceferino no calumnió a sabiendas pero sí parece que obró con una ligereza inaceptable dejándose convencer por testimonios que toda persona con un mínimo de prudencia rechazaría o, al menos, exigiría una información veraz sobre los hechos—, ni como robar de monjas de otras congregaciones para incorporarlas a la espiritualidad dominicana. Ya lo había intentado, también sin éxito alguno, cuando era obispo de Córdoba, con las religiosas de la hoy Santa Rafaela María Porras Ayllón. Aunque en esto de robar monjas no le iba a la zaga al canónigo Zegrí.

Recluida en un manicomio la madre Favores, desmontadas las acusaciones del cardenal de Sevilla y tras varios viajes de Zegrí a Roma, por fin, en 1894, se reconoce la absoluta inocencia del canónigo malagueño y se le repone en su antiguo cargo. Pero no tenía suerte el buen canónigo con sus monjas pues ahora dos de ellas le indisponen con el arzobispo de Granada, que había sido hasta entonces su más firme valedor y Moreno Mazón le prohíbe toda injerencia en la congregación. Con ello termina toda la relación del fundador con sus religiosas, salvo una carta

que les escribe en 1896 para justificar su conducta y que ha sido el hilo conductor del relato de Bellido.

Algunos errores, como considerar a Bonel y Orbe arzobispo de Granada (36) —no pasó de presentado, pues Roma nunca lo aceptó— o llamar al, éste sí arzobispo granadino Moreno Mazón, Moreno Monzón (120), en una extraña unión de los apellidos de dos preladados granatenses, Bienvenido Monzón Martín (1866-1885) y José Moreno Mazón (1885-1905) no desmerecen más este libro bastante desmerecido.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

Miguel Ayuso: CHESTERTON, CABALLERO ANDANTE (*)

A la lista de riquezas enterradas en el alma de nuestro homenajeado Gilbert Keith Chesterton, podemos agregarle ahora la perla que destaca Miguel Ayuso en este lúcido ensayo: el Caballero Andante.

Oportuno este convite, si viene de un español, de medir la figura de Chesterton con una de las cifras de lo hispánico: la Caballería.

Habrá de mostrar aquí Miguel Ayuso que estamos frente a otra nota universal del escritor inglés.

Las menciones y los anhelos caballerescos de este aventurero inmortal que fue Chesterton aparecen sembradas y muchas veces transfiguradas en su vastísima obra. En una visión sintética, el Autor que con estas líneas breves presentamos, recoge los frutos de la siembra chestertoniana y los pone por junto.

Más que para arrear citas eruditas, que demuestran una lectura extensa, Ayuso ha leído con intensidad y para nosotros, con el aval de sus propios saberes literarios, políticos, históricos, de

(*) Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 2001, 72 págs.